

LEY DEL PROGRESO

¡Una última guerra! ...sí, es preciso. ¡Cómo! ¿el duelo triunfante, el asesinato, son condiciones de progreso? ¡Misterio! ¿Qué significa ese extraño trabajo de la tierra? ¿qué esa ley del desarrollo del hombre por el infierno, la pena y el tormento? ¿Por qué fin postrero, cuya eterna luz ni siquiera divisamos, el sér de las profundidades ha decretado que el hombre no debe dar un paso sin mostrar de qué pie cojea y de cuál estado se desangra, que el dolor es el oro con que aquí abajo se paga la dicha comprada a costa de tan rudos combates, que toda Roma debe empezar por un antro, que todo alumbramiento ha de desgarrar el abdomen, que en este mundo la idea lo propio que la carne deben desangrarse, y, marcada al nacer por el hierro, ha de tener, así para el luto como para la esperanza, su misterioso sello de vida y de sufrimiento en esta augusta cicatriz, el ombligo; que para que se descoja en abril el huevo del porvenir, hay que depositarlo en alguna cosa muerta; que es preciso nazca el bien y que la dura espiga salga en flor de la llaga llamada surco; que brota mejor el grito si se muerde la mordaza; que el hombre debe alcanzar supremos Edenes cuya

puerta, en medio de la sombra de los problemas, aparece radiante ante sus encendidos ojos, pero cuyas hojas se mantendrán cerradas a pesar del santo, el Cristo, el profeta y el apóstol, si Satanás no abre la una y Caín la otra?

¡Oh terribles contradicciones! de un lado vése la ley de paz, de vida y de bondad luciendo por encima del infinito, y por otro óyese triste voz que dice: —¡Pensadores, reformadores, luchadores, alcanzaréis el ideal! ¿A qué precio? Al precio de la sangre, de la esclavitud, del luto, de las hecatombes. La ruta del progreso es el camino de los sepulcros. Ved; el género humano, oprimido en este momento por las ciegas fuerzas que constituyen el globo que habitamos, debe vencer la materia, y, hé aquí el problema, encadenarla, para disfrutar él mismo de libertad. El hombre lucha cuerpo a cuerpo con la enorme naturaleza; mas ¡cuánta resistencia! Los más fuertes quedan aniquilados. La esfinge, antes de ser domada, clava sus uñas en las carnes del hombre atemorizado. Por momentos sonríe y hace traidoras ofertas; los sabios, los soñadores, aquellos que son sacerdotes únicos, ceden a sus fúnebres y burlescos llamamientos; el enigma invita, abraza y destroza a sus vencedores; los elementos, al menos aquello a que da tal nombre el error, tienen atractivos temibles para el hombre; el hombre nacido para vencerlo todo, se atreve a desafiar cualquier obstáculo. Ahora fijaos en los cadáveres. La suma de todos los combatientes que consume el progreso, sorprende al sepulcro y hace soñar a la muerte. ¡Cuántos infortunados ahogados en medio de sus esfuerzos para abordar nuevas y fecundas playas! ¡Oh ley! en todos los sepulcros existen imanes; los grandes corazones albergan el lúgubre amor del mártir, y la irradiación del precipicio atrae.

Estos son los sacrificadores, aquellos los sacrificados. El humano crecimiento en que confiáis se desarrolla y sube cubriendo nuestras deformidades.

¡Destino aterrador! todo sirve, hasta la vergüenza; lo que se ama nace de lo que se deplora. El sufrimiento es lo que se ve claramente. ¿Por qué? En ciertos momentos, lo mismo en Tiro que en Sion, lo que se toma por crimen es castigo, castigo útil y fecundo donde sobrenada no sé qué vida, producto de la carnicería. Las losas de la historia, con su horroroso amontonamiento de traiciones, de robos, de inmundicias, de atentados, con su terrible empacho de lodo que aplastarán las ruedas de todos los Césares, con sus Tigellinos, sus Borgias, no sería más que la infame caballeriza de Augias, la letrina y la cloaca de la suerte, sin la lavadura de sangre que por momentos practica Dios en ese pavimento. Roma y Venecia florecieron entre arroyos de sangre.

Toda flor al principio es estiércol, empezando la naturaleza por comerse su propia podredumbre; para avanzar un paso el género humano va torcido: cada evolución que hace en medio de la borrasca parece un apocalipsis en que alguien se lamenta. Obra luminosa, más obrero tenebroso.

Luego que anda el carro empieza a rechinar. La esclavitud es un paso dado en el camino de la antropofagia; la guerra es pastor y carnicero a un tiempo; Ciro grita: ¡adelante! Todos los grandes jefes de ejército, habiendo a través del género humano ardientes rutas, llevan impresa en la frente (negros exploradores) imborrable mancha; rechazan la noche, las nieblas, los errores, la sombra, y el conquistador es el terrible misionero del rayo que detiene el trueno. Sesóstris vivifica matando, Gengiskan es la lava fecunda y sombría del volcán; Alejandro siembra, Atila fertiliza. Este mundo civilizado por doloroso esfuerzo, esta creación, donde nada se produce sino después de haber sido destruido, donde los ayuntamientos resultan de los divorcios, donde Dios parece engullido bajo el caos de las fuerzas, constituyénlo el mal que trabaja y el bien que está fabricando. Pero ¡cuánta sombra!

¡qué oleadas de humo y de espuma! ¡qué ilusiones de óptica produce esa niebla! ¿Ese tigre que da saltos acaso es un libertador? Ese jefe, ¿es héroe ó bandido? Adivinadlo. ¿Quién lo sabe? En esas profundidades producto de crimen, de virtud, de asesinatos, de festejos, engañados por nuestros ojos y por nuestros oídos, ¿cómo encontrar nuevamente el astro en medio de tantos horrores flotantes?

De ahí, que antes todo pareciera vano y empañado, lúgubre noche: el vasto derrumbamiento de los hechos tumultuosos, los combates, los traidores y tortuosos asaltos, las Cartagos, las Tiros, las Bizancios, las Romas, las catástrofes; y sucediéndose lo mismo que el granizo sucede al viento encolerizado, y como el calor sucede al frío, parecían no desempeñar más que una sola ley: nada es duradero. Nadie veía el objeto de tan vanas querellas, y Flaccus exclamaba:—Puesto que todo huye, amemos, vivamos y contemplemos cómo se disipa la sombra de los montes. Reid, cantad, arrancad racimos de los emparrados para colgarlos ¡oh Lyde! en vuestras orejas: basta con esto. Juro por Baco que bajo el peso de los héroes, de las grandezas, de la gloria y de los reyes he de interrogar a Caron, el barquero de las sombras.

Más tarde fueron perdiendo las muchedumbres su aspecto de caos, dejando vislumbrar algunos puntos de claridad. ¡Cómo! la guerra, el alternativo y rudo choque de las batallas lanzadas sobre la áspera muchedumbre, sobre el triste y basto montón de las salvajes naciones; esos estremecimientos y conmociones que el sonoro y feroz choque de los aceros da al naciente derecho, al pueblo que se levanta, ese vasto torbellino de chispas que brota de los combates, de los héroes que se topan, de la suerte, ese insensato tumulto de los campamentos y de las matanzas; el pataleo de los caballos, los escuadrones que envuelven a la infantería con los relámpagos producidos en su veloz carrera; los cañonazos azotando los humeantes muros, los tiros

de venablo, las estocadas, los golpes de las picas, el retumbo de las épicas corazas, las victorias triturando a los hombres, ese infierno, el terror, los ayes de los moribundos a quienes se degüella... —Todo esto equivale al martilleo del progreso en la fragua.

—¡Ah!

Al propio tiempo el infinito, que conoce el término de cada causa, siendo incommensurable y elevada conciencia, producto de inmensidad, de paz, de paciencia, como sabe el fin y elige el medio, deja a menudo que se produzca el mal por el bien. Tal es la profundidad del orden, orden obscuro, supremo, tranquilo, que se afirma con sus mismos mentis.

Y ¿quién será el que exclame?:—Soy el astro, siempre he alumbrado; jamás he faltado, ni pecado; ignoro lo que son tentaciones, estoy sin mancha.—¿Hay algún justo tan audaz que intente parangonarse con el azul celeste? Por más que haga el hombre debe ceder a su naturaleza: conmuévelo una mujer al menor gesto que hace; bebe, come, duerme, siente frío, calor; a veces el alma más grande y el corazón más elevado sucumbe a los apetitos mundanos, y el espíritu mendiga las inmundas satisfacciones del animal; se asoma a la obscena ventana, y de noche se le ve rondar de vergüenza en vergüenza por el dintel de los negros chiribitiles. Todo hombre es súbdito de los apetitos carnales; condenado está el cuerpo y no hay curación posible para la sangre. La verdad es que ningún sabio ha logrado curarse de las leyes de la naturaleza y de la humanidad.

He aquí la triste y disforme mezcla. El bien es sudario y mantillas; el mal es sepulcro y cuna; ambos se producen y la vida es su sello. Los atemorizados o esperanzados filósofos sueñan, y no existe entre ellos más diferencia al revelar el Edén, y aun al probar su existencia, que el verlo detrás o delante. Los sabios del pasado dicen:—El hom-

bre retrocede, sale de la luz y penetra en el crepúsculo; el hombre ha partido del todo para naufragar en la nada. Ellos dicen: bien y mal. Y nosotros: mal y bien.

¿Es esta la frase exacta? ¿la cifra única? ¿el dogma? ¿es la sola túnica de Isis? Mal y bien, ¿estriba en eso toda la ley?— ¡La ley! ¿quién la conoce? ¿Alguno de nosotros, fuera de sí como dentro de sí mismo, bajo el cúmulo de los hechos, de las épocas, de las edades, ha penetrado en ese antro y sondeádole? ¿Hay alguien que desembrolle el germen original? ¿Alguien ve el punto extremo del túnel? ¿Hay quién vea la base y el techo a la vez? ¿Hemos penetrado siquiera la naturaleza? ¿Qué cosa es la luz y qué cosa el imán? ¿Qué el cerebro? ¿De qué se forma el movimiento? ¿De dónde procede que falte el calor a los rayos de la luna? ¡Oh noche! ¿qué cosa es un alma? ¿son almas los astros? ¿El perfume es el alma errante del pistilo? ¿Sufren las flores? ¿piensan las rocas? ¿Qué cosa es la onda? ¡Seres vivos! ¿acaso distinguimos una cosa de un sér? Dí, mortal, ¿qué es la muerte? ¿qué la vida? De un hecho preguntáis: ¿esto es la ley? Veamos, sea quien fueres, tú que hablas, dime: ¿qué eres? ¿quieres sondear el abismo? ¿Te sientes con fuerzas bastantes para escudriñar la obra de las savias bajo la corteza; para acechar, a través de la noche de las subterráneas vetas, el himeneo del agua terrestre con las olas del mar y la formación de los metales; para perseguir en sus antros el plomo, el azogue y el cobre, hasta el punto de poder decir: he aquí cómo se fabrica el oro bajo tierra y el alba en el firmamento? ¿Eres capaz de todo esto? habla. No. Bien está: no seas pródigo en axiomas tocante a Dios ni en sentencias respecto del hombre, y deja de pronunciar fallos sobre el infinito. Y todo aquel que aquí abajo, maldito o lleno de bendiciones pueda decir:—Lo que poseo es la ley, la ley completa, este hombre es Dios,

Dios con todos sus rayos; no os descuidéis en coleccionarle, y guardadle bien, temerosos de que se os escape.—Sabio en su laboratorio o sacerdote bajo su capa pluvial, ¿quién nos mostrará la suerte de ambas caras? ¿Quién medirá la sombra del uno al otro extremo, y la vida y el sepulcro, espacios inmensos donde el montón de los días expira bajo la masa de las noches, donde los vagos relámpagos se deslizan por entre las tinieblas, donde se desvanecen las extremidades de las leyes?

Cierta o falsa, absurda y loca, o demostrada esa ley del progreso en medio del luto, del éxito en la caída y del puerto en los escollos, lo cierto es que ante el enigma y ante el destino a veces los más firmes se sorprenden y cejan. Apenas blanquean algunas cimas en medio de la oscuridad de la noche, cuando la bruma ya ha envuelto otras cúspides: grandes montes, al parecer rodeados de eterna luz y libres del abismo, se yerguen, pero negros y lentamente borrados, desaparecen. Momentáneamente muéstranse todas las verdades, y luego cúbre-las un velo. El día, si día puede llamarse a tan sombría claridad, parece que sólo se levanta para contemplar las sombras; deja de verse el faro; uno no sabe qué pensar. ¿Se ha retrocedido o se ha avanzado? ¡Oh! ¡cuán lenta es la marcha en la humana ascensión, y cómo se siente la pesadez del arca! ¡Cómo destrozán sus espaldas contra los ángulos del progreso, aquellos que llevan sobre sí la carga de los intereses generales! ¡Cómo se deshace todo y vuelve a caer a compás! Nada de principio adquirido, nada de conquista segura; en el acto en que se cree terminado el edificio, se derrumba, aplastando al artífice. El siglo más grande puede tener su hora inmunda; a veces muge un azote en todos los puntos del globo terrestre y diríase que el hombre está poseído de un exceso de furor. El europeo, hermano mayor, gusta del horror como el caribe y el malabar; el civilizado inglés sobrepaja al bárbaro indu. El fin humano eclip-

sase en un infame olvido; reina la noche del Danubio al Nilo, del Ganges al Ebro. Fiesta en el Norte; celébrase la muerte del Mediodía. Dice Berlín: Rie, Europa, Francia ya no existe. ¡Oh género humano! A pesar de tantas edades terminadas, tu vieja ley de odio es siempre la más fuerte; el Evangelio constituye perennemente muerta claridad, huye la luz del día, se desangra la paz, vése proscrito el amor, y Cristo no ha sido desclavado todavía.

SEDAN

I

Embargado por el destino, es decir, por la lógica, el hombre trágico, cautivo de su maldad, entregado a ciegas a los negros sucesos que jugaban su vida a cara o cruz, fué a estrellarse, soñador, en el oprobio. En él estaba fija la gran mirada de arriba, lejana y formidable, mirada que jamás abandona al crimen; Dios empujó al tirano, hoy larva y espectro, hacia no sé qué sombra donde se estremece la historia, mansión que todavía nadie había visitado; y allí, cual en el fondo de siniestro pozo, le perdió. Sobrepujó el juez a cuanto se predijera.

Cierto día soñó aquel hombre: Yo reino. Sí, pero se me desprecia, preciso es que se me tema. Quiero a mi vez ser dueño del mundo. ¡Tierra! valgo tanto como mi tío, y asístime el derecho de aterrorizar. Verdad que no cuento en mi historia con una jornada como la de Austerlitz, pero sí con un brumario. Aquél está poseído del espíritu de Maquiavelo al par que del de Homero, y ambos a dos prestan atención a cuanto hace; a mí me basta con Maquiavelo. Gallifet me pertenece; antes tuve a Morny; ahora cuento con Rouher y Devienne.

Aun no he tomado a Madrid, ni a Lisboa, ni

a Viena, ni a Nápoles, ni a Dantzing, ni a Munich, ni a Dresde, pero no se me escaparán. En los mares humillaré la cruz de San Andrés y tendré por tributaria la vieja Albión. El ladrón que no es rey de reyes vegeta: por mi parte prometo engrandecerme. Yo, tendré por lacayos a Mastai con su mitra, a Abdul con su turbante, al Czar cubierto con su piel de oso y su gorro de marta. He herido con mis rayos el boulevard Montmartre; puedo, pues, vencer a Prusia; tanto vale sitiarse a Tortoni como a Berlín: cuando uno se ha apoderado del Banco también puede tomarse Maguncia. San Petersburgo y Stambul son dos perros de porcelana; Pio y Galantuomo están en guerra abierta; Inglaterra e Irlanda se pelean ruidosamente cual dos machos cabríos en la pradera; España lanza una granizada de balas sobre Cuba; agárranse por los cabellos José, pseudo-César, y Wilhelm, dechado de Atila: pondrélos en paz, convirtiéndome en árbitro de todos, yo, el antiguo plebeyo; cabiéndome la gloria, casi sin discusión, de ser el Omnipotente y el Altísimo de aquí abajo. De falso Napoleón transformarse en verdadero Carlo-Magno, ¡cuán bello es!

Bismarck me hace el efecto de un saltimbanqui; creo que soy tan buen cómico como él. Hasta ahora he domado al deslumbrado acaso, haciéndole cómplice mío, y estoy enlazado con el fraude. Aunque cobarde, he vencido; brillo a pesar de mi infamia. ¡Adelante! ¿Acaso no cuento con París? Pues soy dueño del género humano. Todo me sonríe, ¿por qué detenerme en el camino? Sólo me falta ganar el quintero; prosigamos, ya que la suerte es una bribona. Pertenéceme el universo, así lo quiero; este negro globo estrellado cabe bajo mi cubilete. He escamoteado a Francia; escamoteemos, pues, la Europa. Diciembre es mi manto; la sombra me envuelve; han volado las águilas y sólo me quedan los halcones, pero ¡no importa! Es de noche y aprovecho su oscuridad: ataquemos.

Y no obstante era día claro, tanto en Londres, como en Roma, como en Viena, y todo el mundo abría los ojos, excepto ese hombre: Berlín sonreía y acechaba silencioso. Como estaba ciego, supuso que era de noche: todos veían la luz; sólo él veía sombras.

Sin calcular el tiempo, el sitio, el número, a tientas, fiando en el vacío, sin más seguridad que sus propias tinieblas, ese suicida púsose al frente del ejército de Francia a quien precedía el renombre, y sin cañones, sin pan, sin jefes, sin generales, condujo los héroes al fondo de la sima.

—¿Dónde vas?, díjole la tumba. Y él respondió: «¿Acaso lo sé?»

II

Plinio explora el Vesubio y Empedocles el Etna; motivo asiste para obrar así a esos grandes curiosos. pues en su cráter irradia un crepúsculo; a Sócrates se le apellida discreto y loco a Jesucristo, siendo así que el primero es razonable y sublime el segundo; el profeta negro grita alrededor de Solima hasta que cae muerto a los golpes de las jabalinas; Green se confía al aire y Lapeyrouse a las olas; Alejandro invade la Persia y Trajano la Dacia: todos estos hombres saben lo que hacen, lo que quieren. Su audacia lleva un fin; empero jamás los siglos, habían presenciado el insensato espectáculo, el vértigo, el ensueño de un hombre que, descendiendo por sí mismo de triunfal y suprema cúspide, se toma el trabajo de abrir su fosa, y, colocando su cabeza bajo la horrorosa cuchilla rodeada de misterio, se la corta para afirmar en sus sienes la corona.

III

Satan caído de lo alto conserva su grandeza, pues su anonadamiento tiene cierto aire de apoteosis;

tratándose de un destino altivo, toda ruidosa catástrofe equivale a un último rayo. Antes cayera Bonaparte, y su inmenso crimen no deshonró al abismo; Dios le rechazó, pero a pesar de todo sobrenadaba en él algo de vasto y altivo; la claridad ocultaba la sombra, de suerte que la gloria estimaba aquel hombre sombrío y la humana conciencia dudaba en cierto modo tocante al daño que hacen los colosos.

Malo es divinizar el crimen; Dios vió que era preciso renovar el ejemplo.

Cuando un titán ladrón ha trepado a la cúspide, todos los ladrones quieren seguirle. Hora es de que el universo sepa horrorizado hasta qué punto el pequeño puede sobrepasar al grande, cómo un vii arroyueio es peor que un torrente, y cuánto estupor encierra el destino, aun despues de Waterloo y de Santa Elena. Dios quiere impedir que se levanten negros astros. Siendo útil y justo terminar brumario y ese diciembre velado todavía por una salpicadura que llega al firmamento y envuelto además en los enormes recuerdos de antes, necesitando arrojar el último peso a la balanza. Aquel que todo lo mide quiso enseñar al mundo el excrable derrumbamiento después del gran final, para que el género humano recibiese una lección y menospreciara al causante de todo, ante el que tembló; para que después de la epopeya se ofreciera la parodia, y para que viéramos lo horrorosa, devastadora e infructífera que puede ser una tragedia cuando es un enano el que imita la caída de un gigante.

Como ese hombre personificaba el crimen, preciso era que todo el baldón recayese sobre él, que dándole perennemente el luto por pedestal; preciso era, digo, que al caer en la cloaca la produjese náuseas.

IV

Alegre es Azincourt. De hoy más Ramillies, Trafalgar, halagan nuestras melancolias; Poitiers ya no constituye una página de luto, ni Blenheim figura en el número de las afrentas; Crecy ha dejado de ser el campo donde inclinamos la frente, y el negro Rosbach hácenos el efecto de una victoria. ¡Oh Francia! La página repugnante de tu historia es Sedán. Escupe éste fúnebre nombre, ante el que todo se eclipsa, para no pronunciarlo jamás.

La llanura. ¡Horroroso punto de cita! Ellos han llegado y nosotros también. Dos bosques vivos, formados de humanas cabezas, brazos, pies, voces, saúbles y furios marchan uno contra el otro y se confunden. ¡Qué espectáculo! Oigo gritos. ¿Acaso es la voz del cañón? A veces el sepulcro muéstrase tumultuoso, a lo cual llamamos altos hechos, hazañas; todo huye, todo se derrumba, y al estrépito levanta la cabeza el gusano. Los reyes lanzan sentencias, y el hombre ejecútalas en el hombre, obteniéndose cual laurel de la victoria la muerte de un hermano. ¡Oh guerra! La casualidad pasa montada en carro de sombras tirado por espantosos e invisibles caballos.

Indómita era la lucha. Fuego lanzaban las pupilas de los combatientes en el fragor de desenfrenada carnicería; el fusil Chassepot desafiaba al Dreyse. La rabia envolvía las sombras, y se comunicaba, cual si tomara cartas la naturaleza en la batalla. El mismo campo fatal parecía fuera de sí.

Este veíase rechazado, aquél impelido: allí estaban Alemania y Francia. Todos abrigan la trágica esperanza de morir o la repugnante dicha de matar. La semilla sembrada por horroroso brazo, la metralla, llovía sobre el campo tenebroso; y res-

piraban penosamente los heridos, a quienes se pisoteaba, y bramaban los cañones lanzando sobre las masas formidable humareda que se perdía en el espacio. En medio del áspero encarnizamiento todos recordaban sus deberes, el honor que les ligaba a sus banderas, la abnegación, y la patria. De improviso, entre aquella bruma, al estrépito producido por el trueno, en la enorme sombra do ríe la visionaria muerte, en el caos de los épicos choques, en medio del infierno de cobre y de bronce que derriba aplastando cuanto cae, entre el ruido de la hecatombe, al toque de los rudos clarines que entonan su sombría cantinela, mientras luchaban nuestros soldados, altivos y tratando de igualar a sus antepasados, veneración de los pueblos, de repente, óyese este grito monstruoso: ¡Quiero vivir!

Calla el cañón estupefacto, interrúmpese la ébria pelea... Acabábanse de pronunciar las dos palabras fatales.

La negra águila abre sus garras y espera.

V

Entonces Francia, la gloria, y Brennus, la audacia, y Clodoveo, la victoria, entonces el viejo titán céltico de larga melena, y el altivo grupo de las batallas, Châlons, Tolbiac la indomable, la cruel Arezzo, Bovines, Marignan, Beaugé, Mons-en-Puelle, Tours, Rávena, Agnadel, Fornoue, Ivry, Coutras, Cerisolles, Rocroi, Denain y Fontenoy, Jemmape, Hohenlinden, Lodi Wagram, Eylau, los hombres del último cuadro de Waterloo, y esos guerreros tales como Heristal, Carlo-Magno, Carlos Martel, Turena, espanto de la Alemania, Condé, Villars, Kleber, Desaix y Napoleón, más grande que César y Pompeyo, entregaron sus espadas por manos de un bandido.

¡REPRESALIAS, NO!

No suelo doblegar las palabras en que creo, tales como razón, progreso, honor, lealtad, deberes, derechos. Nadie va a la verdad por un camino oblicuo. Sé justo; así se sirve a la república. Nada de cólera, pues sin dulzura no puede haber justicia. Soberana es la revolución; el pueblo un luchador prodigioso que arrastra el pasado hacia la sima y le empuja dentro con el pie. Sea: pero en medio de la sombra que me rodea no conozco otra majestad que tú, ¡oh conciencia! Todavía no he perdido la fe, y mi candor dimana de la experiencia. A los que he abatido no los destrozo. Mi círculo constituye mi derecho, y el suyo es mi compás; que todo se equilibre entre mis enemigos y yo, pues si los veo atados no me siento libre: mis rodillas se gastarían solicitando perdón antes que verter yo sobre ellos lo que lanzaban sobre nosotros. Nunca diré: «Ciudadanos, el príncipe que se levanta en favor nuestro, contra nosotros agota sus fuerzas; honremos la rectitud despidiéndolo; la probidad se apareja con el expediente.» Tampoco iré a recoger mi lógica en los impuros labios de los jesuitas. Jamás diré: «Violemos la verdad;» ni tampoco: «Ese traidor, gracias a su perversidad, ha merecido que yo sea inicuo; reemplazo al leproso, pues me comunica su enfermedad; y ante el mismo hombre, para mi hoy será virtud lo que ayer cons-

tituía maldad en él. Era mi tirano, ahora será mi víctima.» El talión no es un reflujo legítimo. Mañana quiero ser lo que ayer fui. No me será dado tomar en mis manos un crimen, diciendo: «Este crimen era su proyectil; encuéntrolo infame y útil a un tiempo; de él me sirvo y hiero, ya que fui herido a mi vez.» No, quedará engañada la esperanza de verme rebajado. ¡Cómo! ¿he de ser sofista cuando fui profeta? Mi triunfo no puede renegar de mi derrota; pienso mantenerme el mismo después de tanto vivir, y que en mí, el vencedor sea fiel al vencido. ¡Oh Dios mío! es inútil que me adviertas; no conozco dos justicias, como tampoco conozco dos soles. Al apagar nuestros derechos apagamos nuestros astros. Si después de tantos desastres no puedo obrar bien, tampoco quiero hacer mal a nadie.

Para los reyes la quimera, para el pueblo el ideal.

¡Expulsar a éste, arrojar a aquél en las mazmorras! ¡Nunca! ¡Declarar que las cárceles, los barrotos, los carceleros y el tenebroso destierro, malos para nosotros, son buenos para ellos! No, jamás arrebataré la patria a nadie. En mi cabellera tiembla un resto de huracán; veinte años de destierro hánme dado el austero derecho de oponer a los furiosos solitarios negativa, cerrando mi alma a la ciega iracundia; si veo los siniestros calabozos, los cerrojos, las cadenas amenazar a mi enemigo, éste me inspira amor, y doy asilo hasta al que me ha proscrito: he aquí lo que tiene de bueno el destierro. Si fuese Jesucristo salvaría a Judas.

Nunca me mancharé con un acto de venganza.

Un castigo hartamente rudo trae consigo demasiada indulgencia y llegaría a enternecerme si viese torturar a Caín. ¡No, jamás oprimo! ¡nunca mataré! Para servirte, pueblo mío, en este siglo fatal, renuncio a todo, hasta al nativo suelo, a mi nido, a mis sepulcros, al cielo azul de Francia surcado por la inocente paloma, a París, sublime campo del que fui segador, a la patria, al paterno hogar, a la fe-

licidad; pero entiendo mantenerme puro y sin mancha. No abdicaré del derecho que me asiste a la inocencia.

El pensador ha dejado de ser el tranquilo espíritu, grave en su actitud, despidiendo sus ojos relámpagos de indignación; ya no es libre, la cólera le domina; ha quedado prisionero del aborrecimiento; él, cuya vida se desparramaba en torrentes de amor; él, consolador, hoy se trueca en ser maldiciente. El que creía no tener que soportar más sufrimientos que los propios del género humano, sufre ahora viendo el desgarramiento de Francia; reconoce que existe en la tierra un rincón sagrado, la patria, caro aún para un corazón desmesurado, y que a veces amarga el alma del discreto, el cual se convierte en hijo al querer desangrar a su madre.

Sin duda que no siempre será desesperada su situación. Algún día su mirada recobrará gradualmente los augustos rayos del alba después del eclipse; veráse, es cierto, después del infame apocalipsis, reaparecer en él lentamente los blancos resplandores que Dios imprime de noche en la frente de los investigadores, al par que envía al hombre sumido en un antro, en un presidio, la luz del grande astro oculto detrás de la montaña. Sí, renacerá la paz; los pueblos se amarán.

Entre tanto lanza a los vientos su estrofa irridada y marchita: por momentos mira a lo lejos, sumamente hastiado; diríase que sacudiendo con fuerza su melena hace huir los monstruos de su presencia; parece un espectro errante falto de guarida; su planta huella inquieta el traidor y poco firme suelo.

¡Desolación! Europa vése encadenada; en lugar de Francia aparece un cadáver. Ha sido vencida la luz obteniendo la victoria la nada: el porvenir

se desdice, la gloria se desmiente; ya no hay honra, ni fe; sólo rebajamiento, olvido, oprobio, una oleada de cobardía que va subiendo.

El siente el áspero aguijón de tanta vergüenza. Ese león cojea, gracias a la espina que se ha clavado en el pie.

¡Oh vosotros, quien quiera que seáis, empeñados en ser amos, os compadezco! Viles, malignos, feroces, cobardes, traidores, pereceréis en manos de los que creéis dominar. El presente es el yunque do se forja el porvenir. La araña es más tarde cogida en sus propias redes. Si arrancábais el velo de los negros sucesos reconoceríais en esos ocultos verdugos vuestras pasadas faltas: detrás de él el asesinato, la embriaguez, el éxito, la gloria dejan una baba que, algún día, fuerza será tragársela; ahogando en vosotros la enemistad, la rabia, llegaréis a compadeceiros de vosotros mismos. El rayo que os hiere lo soltasteis vosotros mismos, hasta el punto de que la suerte da dos nombres a la misma acción: primeramente crimen, más tarde castigo.

En tanto que muge el mar, y sobre el horizonte se derrumban los tumultos, ese vigilante (el poeta) hase encaramado en su observatorio. Su único deseo es que la concordia acabe por imperar.

Antes, durante elutados períodos como el que estamos pasando, el pensativo poeta sólo se confundía con los hombres para desarmarlos e infundirles la ternura de su corazón: amaba al vencido sin odiar al vencedor; suplicaba al ejército y a la ciudad. A los vivos cegados por la guerra civil mostrábales la claridad de lo verdadero, de lo grande, de lo bello, hallándose más que ellos inclinado hacia la tumba; y este hombre, en medio de un mundo inexorable, era el mensajero de la venerable paz. Gritaba: ¡Ah! ¿aún no se ha sufrido bas-

tante? ¿El cansancio no llegará a hacernos buenos? ¡Paz! ¡Compasión! ¡Los deberes son idénticos hoy día. El poeta, quiere que el hombre viva, que el hombre crea. El cielo, mansión desconocida y sagrada, por medio de su bondad prueba la dulzura eterna; la radiante poesía es hermana de la clemencia al par que de la armonía, afirmando lo verdadero negado por la cólera: lo verdadero es la esperanza, es la bondad, y la fraternidad constituye el gran rayo del arte. ¿De qué sirve agravar nuestra suerte con el odio? ¡Oh! si el hombre poseyera el oscuro idioma de los infiernos, de ese caos mansión de horrorosos destinos, de todos esos pobres corazones, de esas bocas condenadas, de ese llanto, de esos males sin fin, de esas iracundias, apercibiríase este sombrío canto: ¡Amémonos los unos a los otros!

El huracán, el océano, la tempestad, el abismo, y el pueblo, tienen por ley la sublime pacificación una vez llegada la hora del ayuntamiento, el desatinado antro da un beso a la tierra: furiosa es la espuma, pero no eterna; el más indómito aquilón acaba por plegar sus alas; la noche conduce al alba, apareciendo el sol.

LOS DOS TROFEOS

¡Oh pueblo! este siglo ha presenciado tus obras sobrehumanas. Te ha visto reamasar la Europa. Mostraste la nada del cetro y de las coronas con tu modo de fabricar y de derribar los tronos: a cada paso que dabas todas las cosas aumentaban un grado; andabas e ibas sembrando por el despavorido globo formidable masa de ideas; eran tus legiones las desbordadas olas del progreso elevándose de cima en cima. La Revolución te guiaba; tu gloria ¡oh pueblo! tenía por compañera la aurora. Lo mismo que se invocara a los griegos se invocaba a los franceses: destruías el mal, el infierno, el error, el vicio. Magnífico, luchabas contra todo lo perjudicial; tu claridad tragábase la noche; toda la tierra estaba confundida en tus resplandores, y mientras te remontabas hacia tu estrellada vía, admirábante los hombres, aun en tus reveses; a veces te cernías por el espacio, y durante veinte años el universo, del Tajo al Elba y del Nilo al Adigio, constituyó el deslumbrado rostro y tú el prodigio; y todo desaparecía, hasta el jefe gigante, ante el pueblo titán.

De ahí dos monumentos levantados a tu gloria, el pilar del poder y el arco de victoria, constituyendo entrambos tu mismo sér ¡oh pueblo soberano!

Util es pensar que en otro tiempo fuimos vencedores. ¡Oh! ¡cómo van a ser guardados esos dos monumentos, espanto de la hostil Europa, y cómo serán vigilados día y noche con amor sombrío!